

RECIBIDO / RECEIVED 5 de abril de 2021

ACEPTADO / ACCEPTED 5 de abril de 2021

Engaño y daño del transhumanismo

Autor / Author

REY, Olivier

Editorial / Publishing company

HOMO LEGENS, Madrid 2019

El transhumanismo es cualquier cosa menos un producto circunstancial, un retoño inesperado y algo teratológico de la convergencia entre nanotecnologías, biotecnologías e informática y ciencias cognitivas. Es la culminación de determinada lógica, «la consecuencia del modo que tienen los seres humanos de tratar a la naturaleza que los rodea» (p. 11).

Para nuestro autor hay que tomarse en serio el transhumanismo. Nos encontramos ante un conflicto cognitivo: por un lado vemos que el futuro se nos echa encima amenazador, lleno de incertidumbres peligrosas cada vez más realistas (crisis económicas, ecológicas, amenazas biotecnológicas, víricas, nucleares y guerras de otro nivel) y por otro prometedor de un desarrollo imparabile y bajo control de la tecnología que nos permitirá alcanzar la inmortalidad generando individuos «aumentados» en su potencialidad y mejorando las condiciones de vida según un optimismo ilimitado en las posibilidades que nos ofrece el desarrollo científico.

No oculta Olivier Rey que es la nueva versión del gnosticismo antiguo que «colocaba a la materia del lado del mal y concebía la salvación como una liberación completa del espíritu frente a su prisión carnal» (p. 19; 131). Con la diferencia de que, en el gnosticismo contemporáneo, para liberar al espíritu de la materia, en este nuevo dualismo, se recurre entera y exclusivamente a medios materiales. El autor nos recoge una cita de uno de los fundadores del WTA (World Transhumanist Association, 1998), Nick Bostrom: «Piensen en todos los sermones, ayunos y disciplinas esclavizantes que a través de los siglos se ha impuesto la gente para tratar de ennoblecer su persona. Dentro de poco será posible alcanzar mucho mejor los mismos objetivos tomando cada día un cóctel de comprimidos» (p. 19).

No está muy lejos la fantasía de Huxley en su «mundo feliz»: un poco de *soma* diario para acabar con la tristeza, el malestar y la atonía es la ofrenda diaria que los hombres deben hacer a los nuevos dioses. Con una doliente ironía nos dice que nuestra oración cotidiana será: «Danos hoy los comprimidos de cada día».

La propaganda ha puesto en marcha las promesas de una nueva alianza del hombre con la naturaleza, o más bien con oscuros intereses económicos. La idea que subyace a los transhumanistas y a los que los avalan con ingentes cantidades de dinero es la «lucha final contra la muerte».

Desde el hombre «político» aristotélico al monitorizado hay un largo trecho, pero que ha sido salvado por lo prometeico de la empresa transhumana. La perspectiva del hombre disminuido es el aumento. El hombre aumentado por las prótesis tecnológicas morirá aplastado por ellas. La cita de Bergson (en *Les Deux Sources de la morale et de la religion*, 1932) es pertinente por profética: «La humanidad gime aplastada bajo el peso de los progresos que ha hecho».

Lo que estamos haciendo es intentar curar las heridas con el mal; invertir los objetivos sin darnos cuenta, en aras de conseguir el añorado Edén. Parafraseando sin citar a Byung-Chul Han, nuestro autor reconoce esta inversión: «El desarrollo, lejos de traer la sociedad del ocio, como se soñaba en los años 90, ha traído más bien la sociedad del cansancio» (p. 59). La supuesta solución para todos los males se contempla en términos de «salvación» y esta no puede ser sino tecnológica. La causante del mal traerá el bien. Nos suena a la vieja ambivalencia de lo sagrado primitivo que dejaba perplejo a Rudolf Otto: los dioses que traen el caos, luego restauran el orden con su sacrificio. Así dice Gérald Bronner: «Si exceptuamos la hipótesis de la salvación por una ayuda providencial, es evidente que el respeto al imperativo moral de salvar la especie solo puede ser tecnológico»¹.

Parafraseando un libro famoso de Lévi-Strauss, *Tristes tópicos*, titula otro de sus capítulos «tristes tropismos», para mostrarnos cómo en un mundo que nos promete la felicidad —por cualquier medio— todos alardean de ella cuanto más lejos están de obtenerla. «En la lucha general, el éxito llama al éxito, el fracaso al fracaso: por eso cada uno debe fingir que es más feliz de lo que es, so pena de ver degradarse aún más su situación. Y esta necesidad puede llegar a estar tan bien interiorizada que el que sufre pérdida la capacidad de confesarse a sí mismo su desgracia. Al menos, mientras consigue plantarle cara —cuando ya no es el caso—, se hunde en la depresión» (p. 63).

Planteando la imposibilidad de retorno, si esta situación sigue su ritmo imparable de la dependencia de la tecnología, cita oportunamente un párrafo de *La abolición del hombre*, de C. S. Lewis, en el que muestra la ironía de que una naturaleza vencida por el hombre se volverá contra el propio hombre. Este comentario de Lewis trae a colación a Pascal: «quien quiere hacerse el ángel hace el animal». Por muy espiritual que uno quiera ser siempre afloran los instintos. Pronto el principio de realidad, asociado a la razón y a la convivencia humana, dejará paso al inexorable principio del placer, parafraseando a Freud. Pero esto no dará lugar a una «superhumanidad», ni al «espíritu triunfante», sino que será más bien «el regreso de *His majesty the baby*, que no conoce más ley que sus pulsiones. La fachada es lisa, metálica o plastificada, pero lo que se agita en la trastienda son monstruos inmaduros, tanto más peligrosos cuanto que tienen el poder técnico a su servicio. La simbiosis entre la máquina y lo más primitivo, esa

¹ G. Bronner, «Porque el apocalipsis no solamente es posible... sino cierto», en *La planète des hommes. Réenchanter le risque* (2014), p. 105.

es la verdadera imagen de la artificialización sin límite. No la apoteosis de lo humano, sino la regresión hacia lo infrahumano» (p. 79).

La paradoja en la que se mueve y nos mueve el transhumanismo es que previamente nos hace sentir que somos seres disminuidos para luego proponernos aumentar nuestras posibilidades con aparatos tecnológicos. Así dice Olivier Rey: «El sueño de aumentarse mediante la tecnología seduce a unos seres previamente disminuidos por esa misma tecnología, correspondiéndose el carácter regresivo de la vida en la sociedad de consumo con el imaginario también regresivo del transhumanismo, bajo un ropaje *high-tech*. Ambos se compenetran, el uno saca su fuerza del otro. Evidentemente, los poderes económicos no piensan dejar sin explotar semejante yacimiento y consideran una excelente idea expropiar a cada cual su propio cuerpo para volver a vendérselo en piezas desmontables, supuestamente aumentado... Se nos revela como la prolongación de una lógica de pensamiento existente desde hace varios siglos. Mientras esta lógica subyacente no salga a la luz, cualquier oposición al transhumanismo fracasará, pues todas siguen siendo tributarias del marco del pensamiento del que surgió el transhumanismo» (pp. 82-83).

El origen del transhumanismo está en los inicios, nos dirá a partir de la página 83 (en unos comentarios memorables para una historia de la ciencia salidos de la boca de un matemático), de una ciencia tributaria del judeocristianismo que se aparta de él en cuanto empieza su navegación. Con el cínico argumento de que la tradición bíblica trajo la explotación de la naturaleza con la prescripción de «someted la tierra» del libro del Génesis, y mirando para otro lado con la también prescrita «cuidadla y trabajadla», para poder imputarle al judeocristianismo las consecuencias del abuso que la ciencia ilustrada y su revolución industrial están haciendo de ella. El nominalismo, el gnosticismo, Bacon y la parafernalia de una ciencia malentendida por los ideólogos de la Ilustración son el origen de esta pretensión posmoderna de dar por sentado la legitimidad de poder tecnológico para gobernar nuestras vidas, separando conocimiento de sabiduría, ciencia de tecnología, ética de política. De aquí el título de otro de los capítulos: «La brizna de hierba existe sin Newton», que nos introduce en un viejo dilema planteado por la biología en su intento de erradicar de su ciencia justo lo que le es más obvio, los procesos teleológicos: «La biología, dividida como está esta disciplina entre la antiteleología misma que su calidad de ciencia moderna le impone, y la teleología inherente a su objeto». Pero como cita Olivier Rey, nadie recoge su propia contradicción: «La objetividad obliga, sin embargo, a reconocer el carácter de lo nómico de los seres vivos, admitir que, con sus estructuras y funcionamientos, realizan y persiguen un proyecto» (p. 91). El problema central de la biología, dirá Olivier Rey, para Monod, será la contradicción entre el rechazo científico de las causas finales y el carácter teleológico de lo vivo... En definitiva, nos encontramos ante una disyuntiva irresoluble. El esfuerzo ímprobo de la biología actual por erradicar el teleologismo es infructuoso en su intento de «mecanizar y “quimiquizar” todos los elementos posibles de lo vivo» (p. 96). Obviamente, para el transhumanismo, es vital entender la naturaleza como máquina, reducible a mera matemática, o compuestos fisicoquímicos azarosos, sin sentido o dirección.

El aval de la erradicación del teleologismo o de los procesos finalistas se basa en argumentos finalistas. Véase la argumentación de Richard Dawkins, su máximo ideólogo: «Somos

máquinas de supervivencia, vehículos robots programados ciegamente para preservar las moléculas egoístas llamadas genes». Todo ocurre, sigue diciendo Olivier Rey comentando esta afirmación, como si cada gen estuviera habitado por una idea fija de perdurar y duplicarse, y los organismos fueran los medios que unos genes coaligados hubieran hallado para sus fines individuales. Vemos, sin embargo, hasta qué punto es difícil de eliminar la teleología: Dawkins, entregado voluptuosamente a ridiculizar al organismo haciendo de él un ciego servidor de sus genes, se ve obligado para ello a teleologizar los genes, invocando su egoísmo.

La ingenuidad del transhumanismo en general es pensar que los fallos de la naturaleza en sus «errores» o imponderables fruto de la casualidad podrán ser corregidos por la tecnología y por la política legislativa de las democracias. Las discapacidades, las minusvalías, las desigualdades podrán ser corregidas por la democracia, sin tener en cuenta el determinismo que atribuyen a la biología en términos de egoísmo y competitividad inapelables. En el horizonte se ciernen sobre la humanidad las nubes de las nuevas estrategias eugenésicas en nombre, no de ideologías totalitarias a la antigua usanza, sino en nombre de la ciencia y del progreso.

«Por eso preconizar un desarrollo tecnológico sin límites, pero suponiendo que la democracia sabrá prevenir las derivas y velar para que los avances beneficien a *todas y todos*, es una broma siniestra. Es difícil saber si lo que predomina en este tipo de discurso es un refinado cinismo para rebatir las oposiciones con buenas palabras o una asombrosa estupidez» (p. 109).

Solo que esta vez se trata de una estupidez peligrosa. La objetivación de la naturaleza, su reducción a máquina productiva, su manipulación al antojo de la ciencia y la tecnología nos amenaza con la tragedia sin ser conscientes o mirando para otro lado como si no hubiera nada que pudiésemos hacer: «Hoy en día nos contentamos con sepultarla bajo mecánicas condenas que pronunciamos con grandes aspavientos de horror, lo cual nos evita tener que examinar lo que realmente está en juego. Si lo hiciéramos, nos daríamos cuenta de que el mundo actual, bajo su tan reivindicado, repetido y altisonante antinazismo, acepta muchas de las tesis sobre las que Hitler construyó su doctrina» (p. 128).

Para Olivier Rey, Simone Weil es la única que comprendió lo que estaba pasando y lo que nos sobrevinía comentando unas páginas del *Mein Kampf* (1925-1926): «Estas líneas expresan de manera impecable la única conclusión que se puede extraer razonablemente en la concepción del mundo que encierra nuestra ciencia. La vida entera de Hitler no es más que la aplicación de esta conclusión». Afirmación exorbitante: el nazismo hunde sus raíces en la concepción del mundo que encierra nuestra ciencia. Simón Weil añade que es preciso reconocer a Hitler la virtud de la consecuencia: «¿Quién puede reprocharle haber aplicado lo que él ha considerado verdadero?» (p. 130). ■

BARAHONA PLAZA, Ángel Jorge

Universidad Francisco de Vitoria